

Este craso error acerca del enraizamiento e importancia del movimiento libertario en la vida social española, en el que muchos incurrieron con anterioridad a Aranguren, explica buen número de nuestros fracasos políticos tanto en el medio siglo de Restauración como en los ocho años de República. Lamentable sería ahora para todos que en una época venidera la persistencia en el mismo error pudiera utilizarse como explicación justificativa de parecidos fracasos en el este difícil período de transición que vivimos. Previéndonos contra este peligro de plantear al gran debate nacional exclusivamente a nivel de superestructuras, Baltasar Porcel escribe en el prólogo de su libro: "La ideología, las clases altas, la cultura, burgueses y capitalistas e incluso marxistas y socialistas durante la última década, han hablado y chillado mucho y tendido. Pero quien menos ha podido dejar oír su voz ha sido la base, la inmensa masa de ciudadanos de España". "La barrera entre el pueblo y las clases instaladas en las diversas capas del poder y del poder-oposición ha sido densa. El hombre común y anónimo ha servido para pelear y trabajar, pero siendo poco menos que ignorado en el momento de gozar y opinar. Paciente de la Historia, los agentes de ésta lo han manejado, incluso obligándole a matar y a morir, con desprecio".

A través de la existencia azarosa de este paciente de la Historia llamado Joan Ferrer —un hombre que empieza a trabajar a los once años, ingresa a los catorce en la CNT y toda su vida permanece fiel a los ideales de su primera juventud—, Porcel nos relata la vasta odisea colectiva de millones de trabajadores anónimos que durante años interminables trabajan, pelean y sufren en defensa de sus derechos vitales, que, como el biografiado, saben de hambres, marginaciones, injusticias y prisiones y pese a todo conservan viva la llama de la esperanza en un mañana mejor; que sin ambicionar un poder político que detestan son capaces de juzgárselo todo en los momentos cruciales de la vida nacional, luchando por las libertades propias y ajenas y a los que ni desmoraliza la derrota ni ensoberbece el triunfo; unos hombres audaces en la pelea que cuando termina el combate vuelven con toda sencillez a subir a los andamios o bajar a los pozos mineros para seguir ganándose honradamente el sustento, olvidando los entorchados ganados en el transcurso de la dura contienda que dejan a su espalda. "La revuelta perma-

nente" es, en resumen, la historia colectiva de unos hombres que, ignorados y desconocidos en los años anteriores a nuestra gran catástrofe nacional, vuelven a ser desconocidos e ignorados por quienes aspiran a sentar las bases de la España del futuro inmediato.

En cierto modo y sentido, la obra de Porcel, escrita con admirable y difícil sencillez, que tiene el interés apasionante de una gran novela sin dejar en ningún momento de ser exacto reflejo de una historia nacional desconocida para los españoles, guarda estrechas semejanzas con otro libro escrito hace ya cincuenta y cinco años por un notario de Bujalance. En su "Historia de las agitaciones campesinas andaluzas", Juan Díaz del Moral descubría a los políticos e intelectuales españoles las particularidades especiales y la esencia libertaria de las rebeldías labriegas de la antigua Bética. Por desgracia, las positivas lecciones que cabía extraer de su libro fueron lamentablemente olvidadas por los gobernantes de la Segunda República. ¡Ojalá no corran la misma suerte las que ahora pueden extraer de esta "Revuelta permanente" y una gran parte del pueblo español no continúe siendo el gran desconocido para nuestros futuros gobernantes! ■ E. DE GUZMAN.

El indio en la nueva literatura

La obra literaria latinoamericana contemporánea, tan cercana, por una parte, y tan desconocida, por otra, hasta hace poco más de diez años, ha venido a enriquecer las manifestaciones artísticas de la lengua española, tanto en el terreno de la poesía como en el de la prosa. Y es que en el declive del oscuro túnel de la dictadura, durante la cual llegaron a ganar importantes premios nacionales obras de tan escaso valor literario como las de José María Gironella, la novela capaz de sumergirnos de lleno en el modo de sentir y actuar de los pueblos americanos venía a ser como un brote de agua fresca para los anhelos obligadamente adormecidos del lector español medio.

Aunque algunos autores han denominado a la literatura latinoamericana como "alienada", en la medida en que la estructura de poder internacional mantenía a estas culturas enajenadas de sí mismas dentro del contexto de la "cultura univer-



Manuel Scorza.

sal" (por llamar de alguna manera a las manifestaciones artísticas, filosóficas y científicas predominantes en el mundo occidental), ya hace más de cinco décadas que ha conseguido subjetivizar sus realizaciones y obtener esa síntesis de estilo y expresión que subsume lo propio en la forma general enraizando lo autóctono en lo "clásico".

En la mayoría de los casos, este fenómeno es consecuencia de una toma de conciencia en el terreno político y social, causa directa de una revalorización de todo aquello que pertenece al pueblo, a "su pueblo" en última instancia. Es el gran intento por encontrar su identidad, por definirse y por darse a conocer. Al mismo tiempo, y en la medida en que esta revalorización de lo propio supone una liberación de las normas y las sendas trazadas en Europa, constituye una pequeña revolución de las letras, haciendo ostentación de una gran libertad de lenguaje y de estilo, trayendo al lector el habla popular, o el habla indígena, y saltándose tranquilamente las normas gramaticales y estilísticas a las que estábamos acostumbrados.

De toda la literatura que nos empezó a llegar de América Latina alrededor de los años sesenta (muy poco a poco, casi con cuentagotas), tal vez una de las que más se fueron fijando como lectura obligada para los aficionados españoles sea la de los jóvenes escritores peruanos. No es coincidencia, para ello, el que Vargas Llosa resida en Barcelona y su editor sea Carlos Barral. Aunque, al igual que la obra de muchos otros latinoamericanos, las novelas de este escritor nos llegaron, en un principio, desde París.

Vargas Llosa, como Cognains, Ribeyro, y algunos otros, nos transporta al mundo criollo de las ciudades costeras peruanas, haciéndonos vivir sus pequeñeces y grandezas cotidianas,

mostrándonos el mundo estrecho de las clases burguesas medias y acomodadas, o rasgando para nosotros toda la crudeza de los habitantes de las "barriadas", su miseria, su in-comunicación con los ciudadanos de siempre, la crueldad de sus relaciones cotidianas a todo nivel.

Otros autores han intentado desvelar para el resto del mundo las actitudes, sentimientos, ideales y modos de vida de ese otro gran sector de la sociedad peruana, ese sector que ocupa las dos terceras partes de la sierra, de la gran extensión de territorio ocupada por los Andes: el del indio.

El mundo de la sierra no tiene nada que ver con el del criollo costero. La cultura predominante en esta zona es todavía muy similar a la que existía en la época prehispánica. Un 85 por 100 de la población habla quechua (de los cuales un 75 por 100 no habla ninguna otra lengua) y mantienen todas sus creencias y valores autóctonos, diferenciando claramente entre los blancos, o mistis, dueños de las grandes haciendas levantadas en las tierras que les han arrebatado a los indígenas de la zona, y éstos. Por su parte, los indios también son de dos clases: los "siervos de hacienda", aquellos que viven en y de las haciendas de los blancos, y hasta hace poco en un régimen de dependencia muy cercano al de la esclavitud, y los de las comunidades libres, esos que han logrado conservar una pequeña parte de su territorio anterior a la época de la conquista, y malviven miseramente, pero también dignamente, despreciando al blanco con un odio que contrasta con el gran sentido de la solidaridad y del cariño que mantienen hacia los otros miembros de sus comunidades y su cultura. Hemos podido llegar a conocer este mundo y estas gentes gracias a los escritos de algunos blancos que se han criado entre ellos, como un indígena más, pero que, dada su peculiaridad de ser hijos de blancos, en algún momento de su vida han tenido acceso a una formación y educación universitaria de tipo occidental que les ha permitido trasladar a nuestra lengua y a nuestra literatura las experiencias vividas en quechua y con mentalidad inca.

Los primeros autores que intentaron esta tarea fueron Ciro Alegría y José María Arguedas. El primero es originario de una zona en donde el indio es mayoritariamente siervo de las haciendas y ha perdido en buena medida las costumbres y las tradiciones incas, aunque siga constituyendo una clase social

especifica y claramente diferenciada de la de los blancos. Por eso, tal vez, en donde nos hemos sentido más sorprendidos por ese mundo absolutamente distinto e inédito ha sido con las novelas de José María Arguedas, criado entre los indios de una comunidad que conservaba todas las costumbres y los valores indígenas, y capaz de encontrar la manera y el lenguaje más adecuados para mos-

trarnos esta realidad de modo vivo y descarnado. Pero no son estos autores los únicos que se han propuesto esta tarea. Algunos otros, después, lo han hecho con diversa suerte. Y es dentro de esta línea que nos llega ahora la obra de Manuel Scorza (1), editada por Monte Avila. A

(1) Manuel Scorza: *El jinete insomne y Cantar de Agapito Robles*. Monte Avila Editores. Caracas, 1978.

lo largo de sus cinco novelas (tres baladas y dos cantares), este autor nos relata las luchas de los campesinos peruanos de los Andes Centrales, mezclando lo real y lo irreal de modo que forman un todo indisoluble.

La obra de Scorza incluye también cuatro libros de poesía, y su misma prosa tiene un algo de poético, con sus metáforas, sus símbolos, su lirismo. Lo irreal entra en la vida cotidiana

como parte de ella del modo más natural: los relojes se enferman, el río se para. Y, de paso, vamos conociendo los problemas de las comunidades, los abusos de los hacendados y la capacidad de sacrificio de los responsables y autoridades indígenas por defender lo que, en justicia, consideran les pertenece. Entre aventuras y relatos de astutos manejos legales, Scorza nos va describiendo la relación de poderes y los mecanismos de dominación imperantes en la zona.

Es, sin duda, una interesantísima aportación al conocimiento del indígena de la sierra al mismo tiempo que de la literatura peruana contemporánea. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

ADIOS A LAS LETRAS

Columna de citas

Fernando Arrabal se despierta muy temprano para anunciar su vuelta a España. Cuando se va a Washington o a Londres se levanta una hora más tarde, porque hay menos simbología en esos viajes.

Algunos escritores se levantan de la cama por simbología. Otros lo hacen por mimetismo. El escritor español que con mayor originalidad se levantaba de la cama era Ramón María del Valle-Inclán. Muchos han querido asemejarse. El último en saltar de la cama a la manera de Ramón María fue Julián Marías. Un lector avisado le ha dicho que así no se levanta uno, con las ropas de otro. Resulta que don Julián Marías —a Aranguren le llamé el profesor flaco; para éste no se me ocurre nada— escribió en "El País" un artículo cuya tercera parte correspondía a citas del autor de "Tirano Banderas". Robando una idea obvia, que hubiera dado mucho juego en el titular de esta crónica, el lector le dice a Marías que pudo haber firmado su artículo con el seudónimo de Ramón Marías. ¿Qué hubiera di-



Fernando Arrabal.

cho, desde su tumba revuelta, el gallego de oro? Pero no es sólo Julián Marías el que se levanta de mañana y trata de arroparse con las citas ajenas para que su camastro resulte más lustroso.

Fernando Arrabal, el que se levanta temprano para volver de vez en cuando a España, también ha cogido el espejo cóncavo y ha tratado de proyectarlo en nosotros. "Mi tierra pasó ante el espejo cóncavo y pinté su retrato como si se tratara de un microcosmos". Don Ramón María se vestía más sencillamente y no andaba presumiendo por ahí de espejos cóncavos, de los que fue reputado fabricante espiritual.

En este país la mimesis crece junto al fuego, como el girasol y como casi todas las plantas tropicales. Este es un país de imitadores y de citadores tropicales. Quiénes hayan visto la exposición que Josep Renau ha abierto en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid podrán comprobar donde está el origen de la invención del cartel. Lo que pasa es que cuando uno llega a esos orígenes se ve, debajo de la obra, en las influencias y en los gestos, que ya anduvo alguien por ahí con los mismos espejos cóncavos y se los vendió al mismo tiempo a Renau y a la Coca-Cola.

Pasa en todo. Picasso imitó en las fauces del "Guernica" los horrores del parvenir. Los pintores no pintan jamás el pasado. Es decir, los pintores geniales describen el futuro en sus obras. Francis Bacon nos otorgó esos cuerpos deformes y próximos a su propia fisonomía. Ahora hay fotografías recorriendo el mundo en las que lo que Bacon inventó para la pintura aparece de nuevo por medio de un procedimiento técnico y automático. Los norteamericanos inventarán una máquina para imitar, copiar o reproducir exactamente nuevos guarnidos ahora que se van a quedar sin el original, el bello y el bueno.

Los imitadores tropicales no son sólo imitadores. Los recolectores de citas son como niños, que encuentran una fresa en el campo y creen que suya es la virtud del hallazgo. Las fresas son las geniales, por aparecer tan de improviso en el sendero. Los que las toman son los que pretenden trasladar la belleza ajena a la monotonía de su plato. Ramón María del Valle-Inclán dejó plateada de citas propias todas sus obras, como el otro Ramón de Madrid. Los demás —los restantes— han ido recogiendo, como sabios pobres, las hierbas arrojadas. ■ SILVESTRE CODAC.



Caricatura de Valle-Inclán, por Alejandro Sirio.

El divorcio en España

Dos libros complementarios acaban de publicarse sobre el divorcio, referidos a la situación española (1). Los dos son de gran actualidad, pues el país (a juzgar por las encuestas realizadas ya hace cuatro años) estaba propicio a una legislación civil —y aun eclesíástica— que recogiera esta posibilidad.

En 1975 se publicó un libro precursor, editado al 50 por 100 entre un canónigo madrileño a la vieja usanza y yo mismo. El uno y el otro concluíamos lo contrario, partiendo de las mismas premisas católicas. Pero desde entonces ha corrido mucha tinta en el país, y no la menor el desmoronamiento del nacional-catolicismo que había dominado en nuestra sociedad —con pequeños momentos de relativo respiro, como el de nuestras Primera y Segunda Repúblicas—, y había dominado por arte de las mutuas conveniencias y confusos acuerdos entre el Estado y la Iglesia de aquellas épocas. El franquismo no fue, al fin y al cabo, sino la exaltación y culmen de aquello que, muy preferentemente, comenzó en el inicio del reaccionario siglo XIX.

Aradillas publica un libro fundamentalmente de testimonios. Su parte central es una breve encuesta por medio de la cual se sondea —sin pretensiones directamente científicas, sino sólo para tomar el pulso al pueblo español— lo que opinan personas sencillas de las más diversas zonas de la geografía de nuestro suelo. Partiendo de estos vivos testimonios de opinión, pasa el autor a relatar

(1) A. Aradillas: *Divorcio en España*. Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1977. C. Alberdi y otras: *Ahora el divorcio*. Ed. Bruguera, 1977.